

Mi propósito es considerar la etapa creadora y original del pensamiento chino, vale decir, la época de su desarrollo intelectual autóctono (770-221 a. C.) previo a la irrupción del budismo en China (a partir del siglo I d. C.). Los tres pensadores que presento, Confucio, Chuang Tse, Mozi, forman un extraño triángulo, Confucio en el vértice y los otros dos contrapuestos entre sí. Son las tres vertientes, o si se quiere, las corrientes principales de las cuales deriva el conjunto del pensamiento chino.

Si bien tienen puntos de acuerdo, toman posiciones nítidamente diversas frente a los mismos problemas, el gobierno, el estudio, los ritos o etiqueta, la música y la poesía.

Cada uno de los tres nos interpela hoy, desde un tiempo que parece remoto pero no lo es. Cada uno aborda perspectivas cruciales acerca de nuestra condición con cierta inocencia que no es para nada ingenua. Antes que envejecerlos, ser antiguos los refresca y los vuelve prístinos. Su pensamiento en los tres casos nos parece inaugural y pertinente. No necesitamos atacar a uno para defender al otro. Es más fecundo atender a sus palabras para comprobar desde dónde hablan y qué problemas articulan. Construyen un ojo facetado, tres enfoques y tres maneras de vivir.

Confucio (Kung Tse) realizó el conmovedor prodigio de cargar sobre sus hombros los libros chinos: cuidó y recompuso el *Libro de las odas*, el *Libro de los ritos* y *El libro de los docu-*

*mentos*. Sostuvo la cultura china como Atlas sostiene el mundo, o como el ave gigante de Chuang Tse sostiene el cielo con sus alas.

Chuang Tse, por su parte, llevó al extremo el valor ético de la dignidad. Mantener la concentración, no hacer las cosas por lo que digan los demás, enfocar la propia experiencia, la propia responsabilidad hasta el punto de perder el interés por las relaciones de poder y las ambiciones mundanas. Ya no es la pasión por el estudio de Confucio, sino el empoderamiento interior que lleva a experiencias de la mayor intensidad como el vuelo chamánico. Al conectar con el cosmos, Chuang Tse se desliga de los hombres.

Mozi es el trabajador incansable cuya única obsesión consiste en la prosperidad del estado y el bienestar universal. La música y las artes le parecen distracciones inútiles que llevan al despilfarro. Es el primer y único teólogo chino al afirmar que el cielo ama a los hombres. Transforma al cielo, un principio activo inmanente en los cambios, en un dios antropomorfo que ama a los hombres como un padre ama a sus hijos.

A los tres pensadores he agregado un cuarto: Hsun Tzu, que cierra el período de ochocientos años de la dinastía Chou, justo en el momento en que los estados dispersos de China se vuelven a reunir bajo una nueva, los Qin. En el período de la vida de Hsun Tzu la dinastía de Chou que, siglos antes, había unificado el imperio, se veía reducida a la insignificancia, dueña de un territorio minúsculo en China central. Hsun Tzu fue capaz de absorber y sintetizar el pensamiento de la era clásica en el momento en que esta concluía. El núcleo de sus escritos está basado en las enseñanzas éticas, estéticas y políticas de Confucio.

Algunos pueblos tienen escrituras reveladas. Es el caso de las religiones del Libro, judaísmo, cristianismo, islam. Aquí las

escrituras sagradas tienen prevalencia sobre cualquier otro discurso y se transforman en instrumento de control político. Los otros discursos quedan esclavizados a la palabra del dios expresada en esos libros. Como se decía en la Edad Media: la filosofía es esclava de la teología, ciencia de dios a partir del examen de los escritos revelados que fundan la moral y la legislación (catecismo, derecho canónico, *sharia*). Estas instituciones entronizan el poder de sacerdotes, prelados, imames o intérpretes del texto sagrado. El pueblo ha de aceptar a estos guías. Así se estructura la religión dogmática, cuyos jefes defienden cierta idea de ortodoxia.

Prefiero reservar la palabra “religión” para esas creencias y prácticas construidas a partir de un Libro revelado que sienta un credo, dogmas, ortodoxia y poder sacerdotal para imponerlas. El uso del término cundió en Europa en los siglos XVI y XVII a través de los conflictos llamados guerras de religión. Su uso se inició con el cisma del cristianismo concretado por la Reforma protestante y la Contrarreforma católica. Los antiguos textos sagrados como la Biblia, el Corán u otros no tenían una palabra o un concepto de religión en las lenguas originales en que fueron escritos. Lo que Occidente objetivó bajo el nombre “religión” es algo único. La historia de la relación de esa idea con otras culturas consistió en el intento de sobreinterpretar cultos y formas de pensamiento que le son ajenos. El siglo XIX en Europa registró un aumento del conocimiento acerca de una amplia variedad de culturas y les adjudicó el término “religión”. También estableció la noción de progreso económico y social. De acuerdo a esto, las así llamadas religiones fueron divididas en estadios de progreso a partir de sociedades simples a complejas, de creencias politeístas a monoteístas y de espontáneas a organizadas. Este punto de vista fue producto del modo religioso dominante en Occidente, la herencia teísta

del judaísmo, cristianismo e islam. La preeminencia colonizadora de Europa llevó a aplicar el concepto a otras culturas y lenguas no europeas y aplicarlo significó equiparar, distorsión mediante, pensamientos ajenos al modelo organizado de las religiones del Libro. Esta visión es monoteísta, distingue una deidad trascendente y predetermina la relación entre la deidad y el hombre. Su actitud es propagandista y combativa.

Estas son religiones, mientras que los hindúes y los chinos tienen cultos. Los hindúes poseen escrituras reveladas, el *Rig Veda*, que según la tradición fue dictado por dioses aunque, a diferencia de las religiones, esos escritos no cristalizaron en una idea de ortodoxia, no viraron hacia el dogma. Fueron escritos por sacerdotes, la casta de los bramanes, que aunaron el poder de ejecutar el sacrificio y repartir bendiciones con el desarrollo de una tradición especulativa relativamente libre. A diferencia de las guerras de religión, las devociones hindúes no combatieron entre sí violentamente ni se anularon unas a otras.

En China no hay discurso de dios. El cielo, dice Confucio, no habla. No confía en la lengua de los hombres. Se mantiene en reserva al costado de la palabra. Y el cielo no es concebido como un dios. Es el proceso inmanente en los cambios, el ciclo de las estaciones. El primer libro chino, el *I Ching*, o *Libro de los cambios*, no es escritura revelada, ningún dios lo dictó. Es un libro de adivinación. Es el instrumento para interpretar el proceso inmanente de los cambios del cielo.

El culto chino consistía en su parte principal en celebraciones en memoria de los antepasados. Los letrados chinos no eran sacerdotes. Los letrados eran instructores civiles en las escuelas para funcionarios del gobierno. La desconfianza del cielo ante el lenguaje (“el cielo no habla”) los previno acerca de la autoridad y el privilegio de la palabra. No ató su pensamiento a un panteón de dioses ni a un sustrato metafísico.

Las cuestiones de gobierno, ritos, conducta, poesía, música, la experiencia interior, los cambios del cielo son problemas laicos, aunque se relacionan con el culto. Culto implica ruego, aunque el destinatario no sea sino uno mismo. El ruego es pedir algo. Un favor para esta vida o una supuesta vida después de la muerte. Los ritos, según Confucio, unen al pueblo y al gobernante en el homenaje a los antecesores. La especulación, en cambio, es un acto de soberanía: se critica una creencia, se pone en duda a los dioses, se cuestiona nuestra propia capacidad de conocer.

Resulta refrescante advertir que los chinos no plantearon su pensamiento sobre bases dogmáticas. Ni revelación ni metafísica ni teología. Acercarnos a China implica aquí *pensar lo impensado*: pensar desde tradiciones que no han hablado del “ser” y que parecen desconocer la figura de un “dios”. ¿Cómo funciona una reflexión sin los supuestos teóricos que para Occidente han resultado fundamentales? Leer a la China no es presentar lo exótico y lo ajeno sino volver sobre los elementos constructivos del pensamiento.